

MEMORIAS DE UNA JOVEN CATOLICA

Fue la cunita de madera y algodón que acogía cada Navidad al niño Jesús la que llamó mi atención. En medio de tantos objetos valiosos, antiguos y extraños para mí, que ocupaban la casa de mi tía abuela, este me deslumbró. Recuerdo que, sin poder explicarlo a ciencia cierta, yo me inclinaba durante un largo tiempo para contemplarla. Tuve que haber hecho algunas preguntas en casa, porque cuando evoco aquellos años, cada vez más lejanos, me viene a la mente la singular historia de un Dios, cuyo hijo era el que reposaba en la cunita cada doce meses. Un Dios paternal, comprensible, que identifiqué casi inconscientemente con el amor. Mis primeros contactos con Él surgieron al pie de la ventana del cuarto de mis padres, durante los atardeceres que siempre he admirado, entre las nubes teñidas de rosa y azul.

Pero el tiempo pasó y mi curiosidad creció. Pronto quise ir a la Iglesia. Mis padres respetaron mi decisión y hasta alentaron mi entrada en ella. Así fue que descubrí una fe tan fuerte como para vencer mi timidez y acercarme de la mano de mis progenitores a la Parroquia del Rosario (la más cercana), pero no lo suficiente como para abandonar la programación infantil de los domingos en la mañana en lugar de ir al catecismo... El tiempo pasó Y Jesús me demostró una vez más que esperaba por mí. Al entrar en la adolescencia me encontré con una amiga que compartía conmigo el interés por formar parte de la comunidad católica. Llegamos una tarde de sábado movidas por la inquietud de conocer al menos los horarios. Nos recibió una señora de facciones amables que nos apuntó en una lista y nos mandó a las aulas sin que tuviésemos mucho tiempo de decidir si nos quedábamos o no. Fue mejor así.

Mi primer catequista fue un joven seminarista al que en poco tiempo quise con devoción. Hoy debe fungir como lo soñara por aquellos días, como sacerdote de su Camagüey natal. A él le correspondió enfrentarse a todas mis dudas y porfías y a mi personalidad, por entonces bastante rebelde. Pero el principiante maestro encontró en mí algo que llamó su atención: la fidelidad y la verdadera convicción del amor, lo que contribuyó a crear entre ambos lazos de comunicación y entendimiento. Era común que después de misa nos quedásemos conversando y casi dos horas después llegara yo a la casa disfrutando aún de su compañía. Aquella comunidad me acogió muy pronto como a una hija y yo a ella como mi propio hogar.

Mi familia abarcaba todos los matices de la intensidad de la fe. Mi abuela y tía abuela eran las más fervientes católicas, mi padre lo era también, “a su manera”, pero mi madre y mi abuelo no entendían gran cosa. Yo me di entonces a la tarea de “evangelizar” en casa. Con mi madre tuve mayores éxitos, hoy ha pasado por varios estadios, hasta sorprenderme a veces con sus manifestaciones de fe. No fue sin embargo una fácil labor, debido a que yo por aquellos días no tenía más argumentos que intentar explicar lo que ocurría en mi interior: “Hay que creer en Dios porque existe y yo lo siento”, lo cual, desgraciadamente, no resulta muy convincente...

Mi abuelo vivía en su azotea, escuchando la radio a todo volumen, acaso con la intención de escuchar algo a pesar de su sordera, que años más tarde clasifiqué con certeza de “conveniente”, ya que lo indujo a poder seleccionar lo que quería escuchar en la vida. Sus dos pasiones eran la cachimba y el Comunismo. La vida utópica cubana que el imaginaba desde el balcón de la calle Doce (12) la evaluó insuperable. Pero su decisión era bastante acertada, teniendo en cuenta los años aún jóvenes en los que luchó a mano armada en su España natal, las frías noches en la cárcel junto a unos piojos que según me contaba – yo horrorizada – ¡eran más grandes que una cucaracha!, y su angustioso viaje a Cuba, desde entonces para él, paraíso terrenal. Al abuelo no se le podía pedir más. Lamenté decepcionarlo cuando le conté cierta vez, que había dejado las clases de Inglés por las de Catecismo, y exclamó sacándose la cachimba de la boca: “¡Qué barbaridad!”

Mi timidez en la parroquia se fue desvaneciendo poco a poco. Si al principio llevar las ofrendas al altar era un sacrificio para mis nervios, se convirtió luego en un placer. Pero sin dudas hubo algo que alentó definitivamente mi arraigo: de toda la masa de jóvenes y niños que la frecuentaban cuando yo aún no había cumplido los trece años, hoy no queda, si acaso, más que uno. Noté, que como las especies en extinción, cada año faltaban más y más conocidos, lo cual constituía para mí una dura decepción. Poco a poco me fui percatando de que de mi grupo inicial quedábamos a penas dos o tres, hoy en día...sólo yo. Este hecho destruyó un poco mis ánimos, pero despertó y alentó otros.

Al final de la adolescencia, luego de una larga preparación que parecía ser infinita – casi cinco años – recibí el bautismo una noche de Sábado Santo del año 2001, y esto tuvo una notable repercusión en mi vida por dos aspectos: se cumplía uno de mis más anhelados sueños de aquella primera niñez, y así podía entrar al grupo numeroso de los bautizados. Era como mi presentación en sociedad, y de hecho lo fue.

Contaba con dieciséis años cuando esto sucedió, y entre los nuevos muchachos que me rodeaban conocí a las que son hoy algunas de mis grandes amigas: Massiel, Laura, Claudia, Alena, Dayana, Patricia, Indira, Lilibeth y Carmen Lidia y a los aún casi niños Osvaldito y Otto, hoy casi hombres. Tuvimos una insuperable guía en Yanet, nuestra catequista. A ella le deberé muchas de las convicciones morales y cristianas que luego se afianzaron en mi juventud. Sobre todo le agradezco que nos enseñara a ser amigos, a ser uno sólo, a crear esos “puentes” como nos repetía una y otra vez.. Compartimos inolvidables experiencias juntos, entre las más memorables, la Comunión y los voluntariados. Por estos últimos creamos una pasión tan grande, que siempre estamos dispuestas, las llamadas “rositas del rosario” por los amigos de otras comunidades católicas, a servir hasta en los más recónditos lugares.

Pero de este grupo, tampoco todos seguimos asistiendo a las clases de los sábados. Hemos sido marcados nuevamente por la separación. Quedamos unos pocos, los suficientes como para mantener ardiente la llama de la juventud fiel en nuestra parroquia. Sabemos que somos el alma alegre y necesaria de la misma. Dice la hermana Carmina, quien funge hoy como nuestra guía en la fe y la enseñanza, que ser pocos no es ningún fracaso, sino un reto. Es una oportunidad para perder la fascinación por los números. En Carmen Lidia, Osvaldo, Claudia, Indira, Otto, el Chino y otros pocos en los que me incluyo, hay millones de jóvenes juntos. Carmina tiene mucho por ofrecer y nuestra sed es insaciable. Hemos tejido redes y construido “puentes” por toda la geografía habanera que han alcanzado nuestras miras.

Estoy segura de que como en otro momento la salvación de la fe católica en Cuba se dio gracias a los abuelos, podemos ahora ser los más jóvenes quienes llevemos adelante el impulso por lograr un fuerte arraigo en la Iglesia por parte de tantos que buscan... Nos han tocado tiempos difíciles pero, ¿quién dijo que todo tiempo pasado fue mejor?

Seremos los progenitores de las nuevas familias del siglo XXI y aún en medio de las corrientes egoístas y consumistas que han arrastrado el nuevo milenio, de la cultura del placer, de la incomprensión, podemos aportar nuestro granito de arena para la Salvación del Mundo.

Colaboración de Laura Domingo Agüero